

términos de disposiciones o capacidades. No pocos autores se han manifestado así respecto de la naturalización de la moral, desde Francisco J. Ayala a yo mismo –si se me permite una coquetería así. La pregunta clave es ¿qué puedo hacer? –bien kantiana, por cierto– y en el diálogo entre la fenomenología y la neurobiología está sujeta, para Ricoeur, a la profunda brecha que separa el individuo de la especie. Pero Changeux no se contenta con esa salida en forma de armisticio. Recuerda que los «sentimientos morales» –de reminiscencia tanto aristotélica como darwiniana– incluyen sistemas de inhibición de la violencia que son fácilmente traducibles por normas éticas. El lazo entre naturaleza y ética que ofrece Changeux es el de una transformación de las disposiciones en normas a través de la evolución cultural tal y como la entiende este autor. Siguiendo un modelo que viene de Edelman, la evolución cultural implicaría el establecimiento de sinapsis cerebrales a través de una «selección neuronal» que impone las más eficaces adaptativamente hablando. Es sabido que Changeux niega el carácter únicamente lamarckiano de la evolución cultural. La selección neuronal es, para él, un aspecto imprescindible del fenómeno. Al margen de que haya convencido o no a muchos autores, se trata de una propuesta arriesgada y atractiva que, de confirmarse, podría dotar de una explicación coherente a la pregunta acerca de por qué nos comportamos en términos éticos. Entretanto se vaya progresando por esa línea, el diálogo de Ricoeur y Changeux podría describirse, en términos deportivos, como un empate, pero más que nada por acuerdo de los competidores ante la ausencia de un árbitro aceptable.

Camilo José Cela Conde es catedrático de Filosofía de la Universitat de les Illes Balears

La espuma amarga de una globalización sin reglas

Javier de Lucas

Ya no tenemos que esperar a los bárbaros. Los bárbaros como fobotipo, es decir, en el sentido peyorativo del término –no el utilizado por Kavafis–, los enemigos de la civilización, de la cultura, están entre nosotros. Pero, contra lo que se repite una y otra vez, los bárbaros no son los inmigrantes, los refugiados, los desplazados. Somos nosotros mismos.

Y si esa afirmación es cierta no es porque se esté realizando alguno de los diagnósticos cuasiapocalípticos que desde una concepción conservadora pronosticaban el advenimiento de la barbarie, como los de Berdaieff o Spengler. Tampoco se trata de la consecuencia derivada de la hegemonía de la técnica, aunque el acierto del profundo análisis de Heidegger (y, en parte, de Ortega) sea mayor. No. Probablemente la constatación de que hoy la barbarie acampa dentro de nuestras privilegiadas fronteras tiene más que ver con factores de otro carácter, más tangibles, como el triunfo de un cierto modelo de globalización desenfundada, anárquica (según el modelo del anarcocapitalismo difundido otrora por Nozick, pero a escala mundial). Y eso se produce, como señalara Castoriadis, a mi juicio con mayor contundencia y profundidad que Habermas, en íntima relación con el «ascenso de la insignificancia», de la sustitución del sentido ciudadano del orden social y político por la sumisión de la



J. Goytisolo/S. Noir
El peaje de la vida
Integración o rechazo de la emigración en España
Aguilar, Madrid, 2000, 226 pp.

política a las reglas de juego y los objetivos no ya de la economía, sino de su versión mercantilista propiciada por la neortodoxia liberal.

Pero precisamente porque hay elementos para sostener una visión tan poco esperanzadora, resulta si cabe más necesario evitar el riesgo fácil del victimismo, de la pasividad resignada del «todo da igual», «no hay nada que hacer ante la desproporción entre la inmensa capacidad de quienes dirigen esos procesos del modelo de globalización y los simples ciudadanos». A mi juicio, lo que precisamos no es tampoco la respuesta «humanitaria», «compasiva» en el fondo siempre paternalista y sobre todo, insuficiente, por más que mejor que su ausencia. Lo que nos hace falta es contar con reflexiones que nos ayuden a entender lo que está sucediendo y, sobre todo, a reaccionar. Propuestas que, al arrancar de un conocimiento riguroso de la realidad, ofrezcan medios eficaces para que nosotros, los ciudadanos, pero también los poderes públicos (que no son sólo el apartado del Estado) podamos cambiar el rumbo.

Creo que es esto precisamente lo que ofrecen Juan Goytisolo y Sami Naïr a lo largo de los seis densos apartados de su último libro, *Peajes de vida*, un bello y certero título al que quizá no hace justicia –a mi juicio, no– el subtítulo que acompaña («Integración o rechazo de la inmigración en España»). Por supuesto que la integración es asunto clave y que la situación española nos afecta más. Pero el propósito de sus autores es más ambicioso. En efecto, lo que ofrecen al lector de sus 200 páginas, más allá de una imagen de la situación coyuntural española o incluso europea, son ante todo datos concretos, hechos y argumentos que proporcionan una imagen de los actuales flujos migratorios que tienen como destino Europa y España, lejos de fáciles estereotipos de quienes estigmatizan la inmigración como amenaza pero también de los que la desproblematizan, instalados en un ingenuo optimismo de arco iris. Y el lector encuentra también argumentos para entender por qué la respuesta con la que afrontemos los nuevos flujos migratorios, su trata-

miento social y político –cultural, económico, jurídico– es uno de los problemas capitales en los que está en juego nuestro propio futuro.

Datos como los que se desgranán en la primera y segunda parte, en las que se apunta la noción de «desplazamiento del mundo», de los nuevos flujos migratorios que tienen como destino la Unión Europea, y sus causas: la doble desigualdad demográfica y económica entre el Sur y el Norte, la porosidad fronteriza, la apertura del mercado de trabajo del Norte pues la economía sumergida funciona esencialmente con emigrantes (irregulares, clandestinos), la ceguera de la política migratoria del Norte, encerrada en una visión instrumental, mercantil, que somete los flujos migratorios a los mecanismos arbitrarios del mercado, sin ningún control social y la consecuente estrategia de guerrilla migratoria desde el Sur y, sobre todo, las consecuencias del proceso de globalización. Entre ellas, destaca Naïr el desorden económico y la desestructuración y dualización de las sociedades del sur: «la anarquía de los flujos es reflejo de la anarquía del proceso de mundialización económica», escribe, señalando así una prioridad en la que insisten algunos economistas, sociólogos y politólogos que se han ocupado de la globalización, como Beck, Estefanía, Petrella o Ramonet: *gobernar ese proceso, someterlo a reglas*, una tarea para la que las instituciones de Washington (FMI, Banco Mundial) parecen inadecuadas por incapaces. Ese es el problema, que todavía no se ha generado una respuesta política a la altura de las exigencias de estas transformaciones. Tampoco en la UE que aún no ha adquirido conciencia de la inadecuación de sus políticas, encerradas en una concepción defensiva que, a lo sumo, afronta un más que insuficiente proyecto de cooperación.

Argumentos y propuestas, también. En línea con las recomendaciones de la OIT y en parte de la OCDE, la clave de la respuesta adecuada exige, de acuerdo con Naïr, corresponsabilizar, contractualizar y codesarrollar. Más concretamente, el eje de esa estrategia es la apuesta por el modelo de política de asociación y codesa-

rollo con los países de origen de los flujos migratorios, un modelo que fomenta las transferencias financieras de los inmigrantes, la movilidad de los trabajadores, los microproyectos en los países de origen y los efectos políticos democratizadores, puesto que sus agentes primordiales no deben ser tanto los Gobiernos como los propios inmigrantes y los agentes sociales: empresas, universidades, así como las colectividades locales y territoriales y las ONG. Naïr defiende con vigor y con acopio de datos y razones las posibilidades que ofrece esta respuesta política de asociación, que se orienta al objetivo último de «organización de la movilidad de las nuevas migraciones, es decir, aceptarlas, pero planificadas y controladas». No es, por supuesto, una idea nueva: ya fue expuesta hace más de cinco años por Tapinos en su informe para la OCDE y existe una considerable controversia sobre la eficacia de este modelo, como han ejemplificado, entre otros, Withol der Wenden o M.Cissé, la portavoz del movimiento *Sans papiers*, que han criticado además la eficacia de la apuesta francesa por ese modelo. En nuestro país, expertos como Grasa, Unzeta o Ramón Chornet también han formulado críticas sobre la efectividad de esa política (que no ha dado los frutos esperados pues apenas se han concretado microproyectos gestionados por los propios inmigrantes, mientras que se ha desarrollado sobre todo la política bilateral de Francia en espacios de su interés estratégico) y también han apuntado que parece discutible el vínculo entre codesarrollo y modelo de inmigración de ida y vuelta (*turn-over*) que puede entrar en conflicto no sólo con el proclamado propósito de integración, sino también con el ejercicio de la libertad individual de decidir el asentamiento.

El lector español encontrará también no pocos argumentos en lo que se refiere al análisis y diagnóstico de la situación en España. La cuarta parte del trabajo se centra en la profunda transformaciones demográficas y económicas experimentadas por nuestro país y que son el telón de fondo del actual debate, centrado en la reforma de la ley de extranjería. Desde el

punto de vista crítico, quizá es sobre todo la crítica de la reforma de la ley, concluida desgraciadamente en opinión de muchos de nosotros a comienzos de diciembre, lo que algunos podemos echar en falta. Más aún precisamente en la medida en que esa reforma, que el libro no puede contemplar, acentúa los rasgos críticos de la L.O.4/2000 contundentemente destacados por Naïr: su visión instrumental de la inmigración, la ausencia de un compromiso serio de garantía de la seguridad jurídica de los inmigrantes ni de su integración social y la omisión de medios para combatir la hipocresía del mercado clandestino de trabajadores. Esa hipocresía se traduce en el disparate de que al mismo tiempo que se limita el acceso de los inmigrantes al mercado oficial de trabajo, se tolera (por falta de control: por ejemplo, de labor de inspección de trabajo, sin ir más lejos) la inmigración clandestina, que es la sangre enferma que alimenta el tumor de la economía sumergida. El resultado es, evidentemente, que esta legislación crea ilegales, como insisten buena parte de sus críticos.

Pero más importante que las transformaciones demográficas y económicas de España en estos últimos veinte años es probablemente la transformación cultural, el proceso de amnesia de nuestros orígenes, de nuestra historia, apuntado por Naïr en la cuarta parte y sobre todo lúcidamente descrito por J.Goytisolo en las últimas páginas del libro en las que ofrece un nuevo ejemplo de su capacidad de disección de la «economía psíquica del olvido», de esa auténtica enfermedad moral característica del «nuevo rico, del nuevo europeo» en el que tratamos de convertirnos a marchas forzadas los españoles, al precio de abjurar de nuestra propia historia, de la reciente y no digamos nada de la multisecular. A ese respecto, el trato discriminatorio y racista (mejor sería decir propio del fundamentalismo cultural, como sostiene Stolcke) que reciben unos ciudadanos españoles —y europeos— desde hace siglos, los gitanos, es más que elocuente, y Goytisolo ofrece en un apretado capítulo ejemplos y categorías que avergüenzan. Pero lo que me interesa destacar es

que no es el suyo, ni a propósito de los gitanos, ni respecto a los inmigrantes un ejercicio de moralina, un llanto de plañidera que apele a la caridad ni aun siquiera a ese principio básico de civilización que aún conservan otras culturas, la *pietas*. Es sobre todo el alegato por la dignidad moral, por la coherencia con los principios elementales del Estado de Derecho, de los derechos humanos, porque la hipocresía de quienes proclaman la adhesión a ese estado y la defensa de tales derechos y a continuación trabajan en su demolición o, al menos, la creación de guetos en los que esos principios no rigen, es peor que la barbarie de quienes nunca los cultivaron porque no los conocieron.

Los casos de Ceuta, Melilla, Ciudad Real o, sobre todo, El Ejido proporcionan el test de verificación de esa crítica. Este último es particularmente grave, entre otras razones porque hace años que expertos como Ubaldo Martínez o Emma Martín Díaz explicaron lo que estaba sucediendo y las consecuencias de una política absolutamente irresponsable. El propio Goytisolo dedicó varios artículos a llamar la atención sobre lo que sucedía, y eso le valió el indiscutible honor de ser declarado *persona non grata* por los regidores de ese Ayuntamiento. Naïr y Goytisolo reaccionaron a los terribles acontecimientos de comienzos de año con un texto, incluido en el último capítulo y que conserva hoy toda la fuerza argumental, pues se han incumplido casi al 100% las promesas de la Administración en materia de acceso a vivienda y educación, reparación de daños, persecución de los actos vandálicos, control y garantía de la igualdad en las condiciones de trabajo, etc.

Goytisolo y Naïr han escrito un panfleto, en la mejor acepción de ese género: un texto imprescindible por su urgencia, pero alejado de la moda superficial, de la anécdota pasajera, porque analiza con rigor la aparición de las semillas de odio; de incultura, de barbarie que tan irresponsablemente se están lanzando al surco de la opinión pública a propósito de la inmigración y de la diversidad cultural. Un libro que es una herramienta para la tarea más

urgente, la misma que señalaban los maestros de la Institución libre de la Enseñanza que sostenían que nuestra necesidad prioritaria, también desde el punto de vista político, era hacer posible un pueblo formado, educado. Esfuerzo de pedagogía civil, que será útil para quienes trabajan en proyectos de solidaridad con los inmigrantes, quienes prestan sus servicios profesionales en este ámbito cada vez más importante, pero también y sobre todo, pues, para los ciudadanos de a pie. Un panfleto cuyos análisis pueden dejar desnudos a los mercaderes del odio, que no son sólo los «pequeños caciques locales», ni sólo las odiosas mafias de carne, ni tampoco sólo los desaprensivos que explotan como «mercancía desechable» —en justa expresión de Goytisolo— a los «artífices manuales de nuestra riqueza», los inmigrantes. También y sobre todo son acreedores de ese calificativo quienes desde la responsabilidad política siembran la sospecha, el temor, el prejuicio y finalmente el odio, porque prefieren seguir haciendo un uso partidario de la inmigración (política con la inmigración) en lugar de apostar su inteligencia y su voluntad por una política de inmigración acorde, sí, con la entidad de los desafíos y con la complejidad y la grave responsabilidad que está en juego, pero también coherente con los principios del Estado de Derecho, la democracia, los derechos humanos sin los que somos sólo, como también supo captar Goytisolo en su *Furgón de cola*, «nuevos ricos, nuevos libres, nuevos europeos», bárbaros con juguetes caros.